

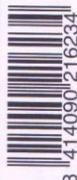
Quimera
Revista de literatura

300

DOSSIER **JAPÓN: CLÁSICOS REVISITADOS**
CON TEXTOS DE ABE, KAWABATA, MISHIMA

JEAN FRANCO / MARCELO COHEN / GUSTAVO FAVERÓN
300 NÚMEROS DE QUIMERA / ENTREVISTA: JAVIER MORENO
EN EL QUIRÓFANO: M. LEIRIS, J. APARICIO, PÉREZ ÁLVAREZ

00300



8 414090 216234

5 €

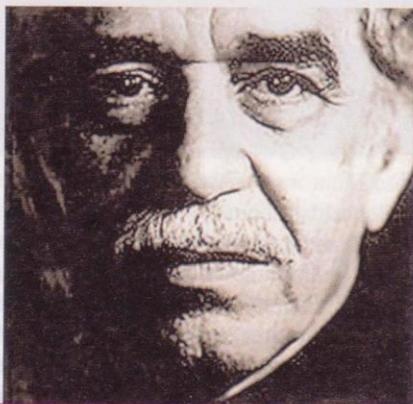
NOVIEMBRE 2008 / 84 págs

DOCUMENTO

García Márquez, según Kobo Abe

Kobo Abe, lector de García Márquez

POR GREGORY ZAMBRANO



El texto que ofrecemos a continuación, precedido por una entusiasta presentación del venezolano Gregory Zambrano, es una verdadera rareza. En 1983, Abe fue invitado a hablar sobre el entonces reciente

Premio Nobel Gabriel García Márquez, el resultado fue esta conferencia: un ejercicio retórico encantador –y digámoslo, algo ingenuo– que refleja la coyuntura particular de la época.

Tal vez nunca sean suficientes los elementos que expliquen la fascinación que la narrativa de García Márquez despierta entre sus lectores. Cada nuevo libro es sin duda un acontecimiento editorial, difundido y comentado a través de medios diversos, que despierta más temprano que tarde posiciones de lector mediadas por el gusto. El espectro va desde un entusiasmo radical hasta decepciones recalcitrantes. Sin embargo, quien se acerca a sus obras –aunque lo niegue– quedará tocado por la magia de su sintaxis y el artificio de sus fabulas insólitas.

Hace ya bastantes años Donald Keene –traductor y estudioso de la literatura japonesa– le preguntaba al novelista Kobo Abe (1924-1993) si había leído a García Márquez. Para sorpresa de Keene, Abe no sólo desconocía al autor sino aún más, ignoraba que *Cien años de soledad*, su obra más emblemática, estuviera traducida al japonés. Confesando, su ignorancia con cierto rubor, Abe comienza su conferencia “García Márquez, habitante del globo terráqueo” contando anécdotas para enganchar a su audiencia. Esto ocurría en 1983, apenas unos

meses después de que se le otorgara el Premio Nobel al colombiano, y Abe trataba de explicar a su auditorio lo que para él había significado su acercamiento a aquella obra excepcional. Lo cierto es que la traducción de *Cien años de soledad*, hecha por Tadashi Tsuzumi años antes, era ya el puente natural por el cual los lectores japoneses conocían el insólito mundo de Macondo.

El autor de *La mujer de la arena* y *El rostro ajeno*, explicaba así a sus interlocutores lo que la obra de García Márquez significaba para la cultura universal, así como los paralelismos que le abrieron paso a una aguda reflexión en torno al valor de la traducción y a los universos de la escritura ficcional. El entonces reciente reconocimiento de García Márquez con el Nobel, motiva en Abe una reflexión en torno al premio mismo. Convencido como está del valor de la obra del colombiano, lo contrasta con Elías Canetti, también Premio Nobel, e igualmente traducido al japonés por la editorial de la Universidad Hosei, pero aún así desconocido para la mayoría de los lectores japoneses.

De ese desconocimiento parece avergonzarse el novelista, quien se consideraba un buen lector y más aún, un atento descubridor de libros raros. Entra así en el tema de su conferencia, sin embargo, posterga el desarrollo de su tesis o utiliza digresiones sólo como un pretexto para hablar de literatura, de autores y de obras que le apasionan o cuya calidad discute. Y nos va llevando por un laberinto lleno de referencias culturales, valoraciones literarias, reflexiones en voz alta, con una fuerte dosis de humor que potencia sus palabras y las llena de un magnífico encanto.

Mientras, repasa la obra de Vargas Llosa, la novela negra, la narrativa judía y el boom latinoamericano como un fenómeno comercial. Pero lo que más llama la atención es el modo como percibe a García Márquez como un autor más temporal que espacial. Para Kobo Abe, el narrador colombiano importa más por el tiempo que su obra ha marcado la literatura del siglo XX, que por su condición de ser un autor latinoamericano. En ese sentido, considerar al autor como un "apátrida" es darle de manera permanente un pasaporte que lo presente como un excepcional "habitante del globo terráqueo".

Asimismo repasa un conjunto de autores cuya impronta no son las geografías que "representan", sino el impacto de su obra en el orbe de la cultura universal, dado más por su aspecto temporal que por el geográfico: Canetti, Brecht, Kafka, Picasso y Buñuel. Todos estos creadores, desterrados por los vaivenes de las guerras y los conflictos regionales, transmitieron su impulso espiritual con una explícita conciencia histórica.

Con esto apunta a la necesidad de superar el exotismo y la visión parcial de cierta literatura que se ha querido mostrar sólo como un referente de la realidad de América Latina transida de violencia y desesperanza. Kobo Abe reconoce en la obra garciamarquiana su capacidad de enseñar acerca del mundo circundante. Al igual que la magia que atrapa el alma del lector en un segundo, pero con la sensación de eternidad, la obra de García Márquez muestra un poder sólo permitido a la literatura.

Finalmente, esta conferencia, plena de humor y sugerencias, repasa la condición de lectores de los japoneses y elabora unas osadas explicaciones —no exentas de ironía— para tratar de comprender las capacidades cognitivas de sus coterráneos. Estas capacidades estarían dadas por ciertos valores de la fisiología del cerebro: la diferencia entre lo digital y lo analógico, la condición perceptiva de los hemisferios cerebrales en relación con el lenguaje, entre otros aspectos. Los mismos responden a estímulos químicos, que bien se acentúan en la alquimia del amoníaco y del alcohol, presentes en el *wasabi* y en el *sake*, caros a la apetencia gastronómica de los japoneses. El humor y la inagotable capacidad para ironizar que demuestra Kobo Abe, hacen que esta conferencia tenga un valor simbólico por ser él mismo un autor emblemático de la literatura japonesa del siglo XX. En ella también queda expresada la conciencia provocadora de su lectura y la certeza de mostrarse como un lector excepcional.

García Márquez, habitante del globo terráqueo

POR KOBO ABE

Traducción: Ryukichi Terao

Debo admitir que no me queda mucho por decir sobre García Márquez, ahora que fue galardonado con el Premio Nobel, pero hoy intentaré resumir lo que he reflexionado en estos últimos años sobre sus obras. A ver, ¿cómo debería comenzar? Es que la charla depende mucho del conocimiento que tienen ustedes sobre García Márquez. Quizá pueda suponer que lo desconocen hasta cierto punto, esperando que no les suene irónico esto de "desconocer hasta cierto punto".

El año anterior a García Márquez, el galardonado fue Elias Canetti, de quien confieso que no sabía nada en absoluto hasta entonces. Sospeché vagamente que hubo otro galardón extraño, pero me asombré al saber que la editorial Universidad Hōsei tenía publicaba la obra completa de este autor. Siempre me jacto de ser un ávido lector que descubre libros raros, desconocidos a nivel popular. Y resulta que no sabía nada de sus obras. Me apresuré a leerlas. No voy a hablar mucho de Canetti, que hoy no viene al caso, pero es un escritor extraordinario. Realmente admiré tanto la sagacidad del comité del Premio Nobel como de la editorial Universidad Hōsei. Y me avergoncé de mi ignorancia. Seguramente la inmensa mayoría de ustedes ni siquiera han oído hablar de él, aun después de haber sido el Premio Nobel. De hecho, sus libros permanecen en la bodega sin venderse nunca. Hice una propaganda en un programa del canal nacional para impulsar el mercado, alegando que era vergonzoso y lamentable dejar ignorado a un escritor de tamaño importancia. Pensé que daría algún efecto, pero sólo hubo una venta como de mil ejemplares, según me contarían después. Quizá los lectores japoneses sean tan oportunistas que sólo se interesan cuando haya una sensación a nivel de revistas populares.

Creo que el mismo oportunismo se observa de una u otra manera en la recepción de García Márquez. *Cien años de soledad* fue traducida al japonés hace mucho tiempo. Les voy a contar otra anécdota vergonzosa sobre cómo llegué a leer esta novela; un día, el señor Donald Keene me preguntó si ya había

leído *Cien años de soledad*, y le respondí que ni sabía de quién era. Entonces me dijo: "Qué bárbaro, es una novela escrita para que la leas tú. Léela, pero inmediatamente". Al oírme contestar que yo no leía inglés, me dijo: "¡Cómo, si está traducida al japonés!" Ese mismo día llamé a la editorial Shincho para conseguir un ejemplar. Y me quedé asombrado al leerlo. ¿Cómo era posible que una novela tan extraordinaria me hubiera pasado inadvertida? Quizá sea un autor único del siglo XX. Me quejé con Shincho diciendo que debería hacer una propaganda bien merecida. Me dijeron que sí la habían hecho, yo le dije que nunca la había visto, que sí y que no, etc. Bueno, esto fue hace mucho tiempo. Hoy en día hay revistas literarias como *Mar* que se interesan en literatura latinoamericana, pero la divulgación es muy limitada, acaso un poco mejor que la de Canetti. Para colmo, me parece que se ha generado una mala interpretación a medida que se difunde. En el periodismo, por ejemplo, siempre presentan a García Márquez como escritor *latinoamericano*. Desde luego lo es, porque es colombiano. Y está de moda hablar de literatura latinoamericana en la actualidad: Borges, Carpentier, Vargas Llosa —no sé cómo debo pronunciar este nombre— entre otros. Se dice que últimamente varios de estos autores han sido nominados para el Nobel. Pero yo me opongo a clasificar a todos en una sola categoría de literatura latinoamericana, porque ahí se nos escapa algo esencial. Creo que García Márquez y Vargas Llosa no están a la misma altura.

Hace muchos tiempo, editoriales norteamericanas como Knopf se esforzaron por promover autores negros y judíos. Han pasado más de diez años desde que el director de Knopf dijo que en adelante se iba a dedicar a literatura latinoamericana. Quiere decir que ya en ese entonces los norteamericanos tenían interés en autores latinoamericanos. A propósito, hay una diferencia fundamental, a pesar de la aparente similitud, entre la literatura negra y la judía que precedieron al auge de la latinoamericana; mientras la primera se esfumó después del *boom* efímero, la segunda permaneció como una de las corrientes más poderosas de literatura norteamericana, al grado de perder su atributo judío. ¿A cuál de las dos se parece la literatura latinoamericana? Bueno, al fin y al cabo el *boom* comenzó tal vez con motivos comerciales, pues las editoriales norteamericanas son de capital grande. Pero en cuanto a la divulgación, ¿la literatura latinoamericana se asemejará a la literatura negra o a la literatura judía? En mi opinión, algunos autores latinoamericanos caerán en el olvido como muchos de literatura negra, mientras que el resto obtenga un lugar permanente, como de literatura judía, más allá del presente *boom*. Con respecto a García Márquez, él dejará de ser latinoamericano, tal como la literatura judía ha dejado de ser judía. Hablando con toda franqueza, Vargas Llosa no merece tanto. Es una diferencia importante. Quizá esté planteando una discusión extremista, pero insisto en este punto para resaltar la diferencia.

El encanto de García Márquez consiste en su carácter apátrida que se resiste a cualquier pertenencia regional. Me atrevo a

decir que sólo pertenece a la época: un autor más temporal que espacial, perteneciente más al periodo que a la región. Aunque suele mostrarse inconforme con el comunismo actual, es evidente que García Márquez es un escritor de izquierda, y dicen que no puede viajar siquiera a Estados Unidos. Sin embargo, al ver el hecho de que la Universidad Columbia le otorgó el título de doctor honorífico, podemos suponer que los primeros en apreciar su obra fueron los mismos estadounidenses. Tanto en Rusia como en Europa oriental, los estudiantes universitarios hablan de García Márquez con entusiasmo. No sé cómo expresarlo, pero la literatura garciamarquiana ha alcanzado una dimensión universal. Entendamos el término "universo" en asociación con el periodo, mientras a la región corresponde la noción de "país". Creo que los escritores de la misma índole destacaron su presencia por primera vez en la cultura weimariana de los años treinta; más que alemanes, eran cosmopolitas. Desde luego no podemos ignorar la importancia de exiliados judíos: Brecht, para citar el caso más conocido. Y claro, Elias Canetti también forma parte del mismo movimiento. Franz Kafka se puede considerar como pariente lejano. Todos éstos son autores judíos, que fomentaron un germen cultural de exiliados, mucho antes de que se dieran a conocer autores judíos en Estados Unidos. Por otro lado, el nazismo cobraba fuerza en la misma época; mientras la cultura se apuntaba a lo universal, la política se ahincaba en su raíz nacionalista. Debemos admitir que la cultura es incompatible con la política; por más rebelde que se pusiera, no servía de nada ante la fuerza inaudita de Hitler. Yo no soy optimista en este punto, pero también es evidente que la cultura de exiliados ejerció una gran influencia en la formación cultural de la posguerra. Esto sucedió no sólo en Weimar sino en París, que fue un paraíso de exiliados antes del estallido de la guerra; la gran parte del arte vanguardista se trasladó de Weimar a París. Entre los españoles exiliados, hubo varios que se marcharon a América Latina vía París. Así que podemos pensar que las semillas sembradas en la época borrasca se esparcieron con los exiliados en América Latina y que ahora han empezado a brotar sus retoños. El ejemplo más ilustrativo será el caso del cineasta Luis Buñuel, quien se exilió de España para establecerse primero en Estados Unidos; después de laborar algunos años en Hollywood sin poder usar siquiera su verdadero nombre, apareció de repente en México para hacer esa obra maestra: *Los olvidados*. ¿Acaso es lícito considerar a Buñuel como cineasta mexicano? Pero tampoco es español. Al igual que Picasso, Buñuel es un artista universal.

En mi opinión, lo que sirve de trasfondo espiritual para la mayoría de los escritores latinoamericanos, incluyendo a García Márquez, es la conciencia histórica, formada en la posguerra después de haber experimentado las sucesivas calamidades entre revoluciones y contrarrevoluciones. Sin tener en cuenta la circunstancia histórica, el marco regional de América Latina no tiene ningún sentido para explicar fenómenos culturales. Al contrario, creo que hace falta un punto de vista más cosmo-

lita. García Márquez no es universal porque esté traducido a varios idiomas o porque sea doctor honorífico de la Universidad Columbia, sino porque trasciende la óptica local en sus obras. *Cien años de soledad* es una novela extraordinaria. Ciertamente, es una obra muy latinoamericana en cuanto al fondo ambiental: es decir, tales elementos como personajes, paisajes y hábitos. Además de que son exorbitantes en sí, los personajes se alimentan de comida, que a nosotros nos impregnaría de un olor peculiar durante más de tres días. Sin embargo, se equivocan al fascinarse ante el exotismo superficial, que no tiene ninguna importancia; lo que cuenta es el penetrante resplandor que ilumina la complejidad de relaciones humanas en nuestra era moderna, tan singular en muchos sentidos. Quizá algunos escritores latinoamericanos se han ubicado en un sitio privilegiado para observar la contemporaneidad, pues constantemente se enfrentan a los restos de la comunidad en desmoronamiento. Aquí en Japón también se observaba hasta hace poco la ruina de la comunidad antigua, que persiste hasta hoy día con nostalgia; la música popular Enka, por ejemplo, es en su origen el canto de marginados de la comunidad. La nostalgia no se pierde aunque desaparezca la comunidad. El planteamiento principal de García Márquez consiste en describir tanto la transformación de las relaciones humanas como las consecuencias implicadas en el proceso de desintegración de la comunidad tradicional. Al parecer, el relato está ambientado en un pueblo o un caserío de provincia, pero son obras completamente urbanas en cuanto al método novelístico. Yo digo "urbanas" porque el pueblo descrito ha dejado de ser una región para convertirse en una problemática contemporánea.

Bueno, no llegaría a aclarar el encanto de García Márquez por más que siguiera acumulando explicaciones de esta manera. Esa magia que atrapa el alma del lector en un segundo se resiste a cualquier razonamiento. La lectura de García Márquez divide a uno en antes y después. Lo más importante radica en esa sensación de gratitud que viene después de la lectura, ese alivio de haberse salvado de una pérdida fatal al tener un tesoro en las manos. Es valiosísimo encontrarse con un escritor capaz de abrirle los ojos a uno y de enseñarle la magnitud del mundo circundante, puesto que es un poder sólo permitido a la literatura.

Desde luego la lengua tiene su propio límite, ya que, comparada con medios visuales, sólo tiene a su alcance una operación indirecta al crear imágenes. Es mucho más fácil presentar una imagen en vivo. Sin embargo, la lengua permite más libertad de imaginación al receptor justo porque sólo apela a la operación indirecta. Tomemos el ejemplo de lo digital y lo analógico para ilustrar el punto. La imaginación en sí es un dato analógico, ¿de acuerdo? Entonces, hay dos maneras de transmitirla: o directamente en su forma analógica o después de convertirla en forma digital. La segunda, que obviamente es el caso de la lengua, requiere un proceso más complejo en la medida en que el receptor tiene que reconvertir lo digital en lo analógico para visualizar la imagen. Al superar esta dificultad después de reali-

zar toda la maniobra por su cuenta, el receptor tendrá más libertad para formar su propia imagen. Ésta es la ventaja de la lengua, que justifica la sobrevivencia de géneros literarios en la época de medios visuales. La literatura no sobrevive porque tenga tradición o prestigio sino porque está provista de un mecanismo particular de emisión y recepción. Bueno, quién sabe qué pasa con la reciente difusión acelerada del animé, que puede ser un medio eficaz para transmitir lo analógico en forma analógica. Es cierto que el proceso es directo, pero al reflexionar bien, ¿qué es lo que se transmite directamente? Quizá sólo se trata de lo digital disimulado en forma analógica... El exceso de sonidos onomatopéyicos demuestra la validez de mi punto de vista. Al digitalizar datos analógicos de manera artificial, se producen onomatopeyas. Pero dejemos esta discusión, que no estamos en la clase de lingüística.

Para empezar, los japoneses tenemos una marcada inclinación hacia las señales digitales. Tadanobu Tsunoda, autor de *El cerebro japonés*, dice que esto tiene que ver con la estructura lingüística de nuestro idioma. Como el idioma japonés permite formular frases significativas sólo con vocales, captamos todos los sonidos lingüísticos en el hemisferio izquierdo del cerebro, lo cual, según las últimas investigaciones, sólo se observa entre los japoneses y los polinesios. Los otros pueblos reciben las vocales en el hemisferio derecho y sólo las consonantes en el hemisferio izquierdo. ¿Por qué sólo los japoneses y los polinesios somos excepciones? Es verdad que en japonés hay muchas palabras que sólo tienen vocales. Un caso conocido, citado también por Tsunoda, es la sucesión de cuatro O. Fuera de los japoneses y los polinesios, nadie captará más que un aullido en el sonido o-o-o-o. ¿Pero ven que en japonés sí tiene sentido: "Persigamos al rey"? Sin necesidad de separar las vocales con las consonantes se puede formular una oración completa. Claro que es un caso excepcional, que ni yo mismo me explico. De paso, el japonés se puede hablar comiendo las consonantes sin originar confusiones. Prueben, por ejemplo: "Vamos a la escuela". ¿Verdad que sí se entiende? En idiomas europeos o asiáticos, sea el chino o el coreano, sucede todo lo contrario; sólo al enfatizar la articulación de consonantes, se evitan confusiones, aun cuando coman las vocales. Se dice que en polaco hay una palabra en la que se observan nueve consonantes consecutivas. Será ininteligible para los japoneses, que sólo percibirán un trino como de gorrión. Desde luego, ésta es una cuestión meramente formal que no implica ninguna desventaja esencial. Acaso será una diferencia funcional, equivalente a la que existe entre el formato Beta y el VHS. Pero hay en la naturaleza muchos sonidos parecidos a las vocales en su estructura, la mayoría de los cuales tanto los japoneses como los polinesios recibimos en el hemisferio izquierdo. Es por esta misma razón que los japoneses perciben ladridos, zumbidos y trinos de la misma manera que la voz humana. De hecho, decimos con frecuencia: "voz del perro, voz de los insectos, voz de los pájaros". El hemisferio izquierdo del cerebro es la parte digital, mientras que el derecho se encar-

ga de lo analógico. En este sentido, los japoneses somos seres digitales de naturaleza. Desde los regaños de los padres hasta los gritos de los bebés, recibimos todas las señales en forma digital mediante el hemisferio izquierdo. Al contrario, salvo los japoneses y los polinesios, todo el mundo percibe las mismas señales como meros sonidos acústicos en el hemisferio derecho. Obviamente, el método educativo tiene que diferir aquí en Japón, pues los bebés japoneses lloran en forma digital. Con razón aquí se genera tanto la neurosis puericultural...

Me he desviado demasiado de García Márquez, pero lo que quería decir era que, por el peso excesivo del hemisferio izquierdo del cerebro, los japoneses tenemos una desventaja inherente. Sospecho que fenómenos como escasez de lectores literarios y el auge del animé son consecuencias de este rasgo innato. La habilidad digital del hemisferio izquierdo debe favorecer en labores tecnológicas, pues somos buenos para fabricar coches. Sin embargo, con el hemisferio derecho casi nulo estamos destinados a fallar en la apreciación literaria. Quizá los que no se conforman con este infortunio desalentador, originado en la formación japonesa, buscan un consuelo en el animé. Si es verdad, García Márquez no va a tener éxito aquí en Japón, ni menos Canetti. Sería una minoría absoluta quienes leen sus obras, y probablemente se sentirían solitarios al comprenderlas. Esta charla de hoy tampoco tendría sentido en tal caso. ¿Nos resignaremos o nos esforzaremos por ajustar un poco el cerebro? La composición musical, por ejemplo, no se puede realizar sin el hemisferio derecho. Al ver que hay compositores japoneses que han ganado reputación internacional, podemos asegurarnos al menos de que el hemisferio derecho del pueblo japonés no es inferior en sí.

Para entablar tan sólo buenas relaciones sociales no hace falta el hemisferio derecho. Lo que caracteriza a la gente desprovista del hemisferio derecho es, ante todo, la falta de humor y la excesiva seriedad. Detectarán estos rasgos en muchos de sus conocidos, que son sobresalientes en notas escolares pero terriblemente aburridos. ¿Qué se puede hacer? ¿Cuál será la medida eficaz para activar el hemisferio derecho? Según Tsunoda, una opción es escuchar música. Y también probar wasabi. Parece que el amoníaco también tiene efectos semejantes. Seguramente han visto en la pelea de boxeo a los cuidadores que en los rincones lo pulverizan ante la nariz del luchador para estimularlo. Claro, tengan cuidado porque se trata de un veneno. Hay un remedio llamado Kinkan que sirve para aliviar las picaduras, pero parece que éste no sirve de nada. Tiene que ser amoníaco, pero medicinal, fíjense bien. El amoníaco industrial puede originar una inflamación terrible en las fosas nasales. El licor tiene un efecto contrario; aunque parece como que da una sensación de alivio, en realidad hace que se bloquee el hemisferio derecho para dejar activo sólo el izquierdo. Con razón, los japoneses empiezan a hablar con tanta insistencia en un solo tema cuando toman sake, ¿no les parece? Esto, acompañado por la ausencia de humor, ya es un síntoma del síndrome digital. La mejor

medida en esas ocasiones sería probar sushi que resucita el hemisferio derecho con un toque de wasabi. Quizá constituye una curación vivencial, arraigada en nuestra tradición. El animé también me parece dañino, puesto que sólo nos fijamos en el significado superficial para verlo; es decir, no significa nada en apariencia pero en realidad acaba por ser la sobrecarga de significado. Además esas onomatopeyas tan exageradas, que no son sino signos digitales disimulados en formas analógicas. Seguramente es lo analógico más pueril que puede haber en el mundo. La gente que ve una película animé con una copa de sake sería una típica muestra del japonés degenerado.

Ahora, para volver al tema de García Márquez, yo insisto en la necesidad de tener en cuenta estos factores para comprender cabalmente sus obras literarias, atiborradas de elementos analógicos que trascienden el nivel de significado aparente o de interpretación sencilla y que son imposibles de sustituir por palabras; en resumen, son artes. Quienes no entiendan a García Márquez tendrían debilitado el hemisferio derecho. Yo les recomendaría que escucharan música o comieran wasabi. Creo que ustedes pueden comenzar con los cuentos. Luego sigan con Canetti, que tiene una sola novela propiamente dicha: *Auto de fe*. La escribió a los 26 años alrededor de 1930. El Premio Nobel le llegó bastante tardío, pero igual no deja de ser una sagacidad de parte del comité. Es un autor judío de origen español, que ha padecido de todo en medio de la ignorancia completa durante mucho tiempo. Además, es el primero en dedicar un ensayo a Kafka. Quizá era demasiado clarividente. Ha escrito obras de teatro, que siempre espantaban al público a mitad de la presentación y que sólo sirvieron como objetos de burla en la prensa. En Inglaterra vivía en la ruina. De pura coincidencia, mi amigo Nobutoshi Hagihara, igual de pobre durante su estadía en Oxford, iba a un bar de mala muerte para tomar cerveza con pan después de sus clases. A su lado siempre se sentaba un viejo, que se simpatizó de inmediato con el asiático solitario sin dinero, y así se hicieron amigos. Al ver que se trataba de un mendigo muy inteligente, el joven Hagihara le dirigió algunas preguntas y se dio cuenta de que sabía de todo mucho más que él. Le preguntó quién era y supo que se llamaba Elias Canetti. El nombre se le quedó grabado como el mendigo inteligente, producto cultural de Inglaterra. El año antepasado Hagihara me llamó por teléfono y me preguntó si sabía qué clase de escritor era ese tal Canetti, quien había ganado el Premio Nobel. Le contesté que ni tenía la menor idea. Entonces me contó que él sí lo conocía y que había estado convencido hasta entonces de que era un pobre mendigo. Esta anécdota, un tanto novelesca, ilustra el estado de soledad en que se encontraba Canetti toda su vida. Es un autor realmente extraordinario. Les recomiendo a ustedes que compren sus obras para leerlas, pero dudo que lo hagan. Pero lean al menos los cuentos de García Márquez para estimular un poco el hemisferio derecho. Ya no me queda nada por decir, pues. ■

(Texto basado en la conferencia dictada en la Universidad Sofía, 13 de enero de 1983)